

ESTAMPAS HABANERAS

LA PLAZA DE ARMAS EN 1835

For el Arquitecto J. M. BENS ARRARTE

A la iniciativa del Conde de Villanueva se debe la erección en la Plaza de Armas de la estatua al monarca español Fernando VII, en justo reconocimiento por las acertadas medidas que se dictaron durante su reinado en pro de la Isla; una de ellas fué la abertura de nuestros puertos al comercio extranjero publicada en 1810. Esta orden mereció el comentario de José Antonio Saco como la disposición más benéfica que atravesara los mares en favor de la Colonia.

Distintos autores prueban que Fernando VII odiado en España por un régimen despótico, era por múltiples razones de tolerancia muy querido en Cuba.

No se contentó el Conde de Villanueva en arbitrar los fondos para el monumento sino que también se preocupó del concurso hecho en Madrid y que fué juzgado por el propio Rey, pues quería fuese una obra de arte lo que se trajese a la Habana y a fuer de justicieros reconocemos que lo logró.

El monumento proyectado por el escultor español Alvarez de Pereira en 1829 y ejecutado a la muerte de éste por su colega Antonio Sola que lo terminó en Roma tuvo una buena crítica de profesores y maestros de la Ciudad Eterna, sobre la actitud natural y noble de la figura, la grandiosidad del estilo y una feliz ejecución en todas sus partes, y de él diremos que es uno de los mejores de la Capital, tan maltratada en estos aspectos por la escultura de importación.

Pero la primitiva plaza fundada en la época del Marqués de la Torre sólo tenía unos cuantos

árboles, un alumbrado modesto y muy mal piso, debido a la poca atención que se le había prestado a pesar de los trabajos que se hicieron en tiempos de Someruelos y del General Vives y no podía recibir en aquellas condiciones la estatua del soberano, por tanto se proyectó un nuevo trazado y obras de embellecimiento en las cuales pusieron su buen deseo y su saber y entender el propio Conde de Villanueva y el Coronel de Ingenieros Don Miguel Pastor.

Aún se hizo necesario encargar a los Estados Unidos, cuatro fuentes de mármol y nuevas farolas para el alumbrado de gas, y así vemos como la gratitud de

los habaneros dotó a la Ciudad de un monumento que es una obra de arte y de una plaza-jardín, cuyo trazado, al cumplirse el primer centenario se ha reproducido con acierto por la actual Administración Municipal.

Hoy podemos contemplar en la Plaza de Armas la vieja estampa de Mialhe con la composición de Pastor hecha realidad y se comprende el afecto que por ella sintieron los habaneros hasta mediados del siglo XIX.

Su situación inmejorable, junto al Castillo de la Fuerza, el Templete y los Palacios de la Intendencia y de los Gobernadores estando enclavada entre el acceso por mar de la urbe y las sedes de las autoridades civiles y militares, además de su proximidad con las calles de comercio, todos estos factores la hicieron durante mucho tiempo el corazón de la ciudad colonial, donde se registraba el más mínimo latido y desde donde partían en múltiples órdenes adelantos o atrasos según los personajes que dominaran y así fué como este jardín privilegiado de los primates gozó de amplios favores en aquel entonces.

Varios escritores que cruzaron por la Habana en el siglo pasado dejaron interesantes comentarios sobre la Plaza de Armas. (1).

Idelfonso Vivanco nos habla de sus noches de re-treta a la que acudía una elegante concurrencia, la cual

(1) Véase La Habana Antigua.—La Plaza de Armas, por Roig de Leuchsenring.

entre árboles, flores y fuentes discurría por sus calles platicando de amor o de empresas mercantiles.

La Condesa de Merlín, nuestra compatriota dedica frases de elogio al concierto de música que todas las noches daba el Gobernador frente a su Palacio y en una crónica exquisita cuenta detalles de aquel paseo donde se reúne la población blanca, y entre otras cosas nos dice: "Las reuniones tienen aquí un aspecto de buen gusto exclusivo del país, nada de chaqueta ni de gorra, nadie viste mal, los hombres van de frac con corbata, chaleco y pantalones blancos; las mujeres con trajes de linón o muselina que respiran coquetería y elegancia y armonizan perfectamente con las bellezas del clima y dan a estas reuniones el carácter de una fiesta.

Antonio de las Barras al referirse a la Plaza de Armas en la época que visitó la Habana también escribe: "Durante la retreta nocturna se llena la plaza de gente y los alrededores de carruajes con señores que van a oír la música. Concluida ésta cada cual desfila por su lado y se queda la plaza desierta, pero los cafés y casas de refrescos que hay en la acera de enfrente al palacio conservan su animación hasta las 10 y media en que se cierran".

Samuel Hazard en su libro "Cuba a Pluma y Lá-piz" dá más detalles, celebra la calidad de la música que generalmente eran audiciones de las mejores óperas y marchas militares y concluye su descripción diciendo que esta es una manera agradable de pasar la noche y que era el mejor lugar para observar la vida social.

En aquella época como no había más música que la retreta, la de las compañías teatrales y las pocas orquestas que tocaban en los bailes y siendo la Plaza de Armas un estupendo sitio para ver y ser visto por aquello de estar bajo los balcones del Gobernador es justificable la predilección que gozaba del alto público.

Naturalmente una Habana sin ruidos ni cantos no sería Habana y aunque ni por broma soñaron ellos con los millares de pianos y radios nuestros, ya tenían sus precursores en la baraunda que formaban los ruidos de carros y bestias, los cantos de los esclavos y los pregones de los vendedores. Estas eran las notas agudas que predominaban, salvo en las horas de la siesta.

Sin embargo, detrás de los grabados que tantas veces se publicaron, detrás de esas descripciones y hasta del centenario que se conmemora, también diremos que se cumplen cien años de la partida forzosa para España de José Antonio Saco a causa de sus ideas separatistas. ordenada por el General Tacón que fué el Gobernante que inauguró la Plaza de Armas con el Monumento a Fernando.

to fué combatida por Tacón y a la que pertenecían un pequeño grupo de la juventud criolla y varios de sus mentores entre los cuales estaban José de la Luz Caballero, el Presbítero Félix Varela, Agustín Govantes, Felipe Poey, José Antonio Saco, Escobedo, Domingo del Monte, Antonio González del Valle y otros. Como eran muy pocos aquellos mantenedores de grandes ideales que más tarde dieron el fruto, como eran una minoría intelectual de nuestra sociedad se les puede comparar con los enciclopedistas de la revolución francesa y creo que no exagero si les llamo el grupo minorista del siglo XIX.

Esta es la faceta cultural que más se destaca en aquel momento de 1835, antes de ella al abrirse nuestros puertos al comercio extranjero por disposición de Fernando VII en 1810, junto con las banderas de otras naciones, junto con las mercaderías iban a venir libros, ideas, hombres que pondrían en nuestros intelectuales de acuerdo con la hora libertaria e histórica que en otros países se vivía y es por eso, y por lo que anteriormente decimos que no encuentro desacertado que aun permanezca en la Plaza de Armas la estatua del Monarca.

Ya la Habana en el siglo XVIII había sobrepasado en opulencia a Cádiz a causa de ser nuestra bahía punto de reunión de flotas y galeones que recogían el oro del Cuzco, la plata del México y todas las riquezas incontables de estas pródigas Américas, y aquí esperaban al buen tiempo o la buena escolta que los librara de corsarios y huracanes, por eso en nuestro puerto se reunía tanta gente de pelo en pecho, hombres de todo el mundo, ciudadanos del mar, que pedían como en las clásicas costas del Mediterráneo placeres violentos de gustos salobres, juegos, mujeres, bebidas y alcohol.

De mujeres, el cruce de dos razas había producido un tipo nuevo exótico, que todos los cronistas están de

acuerdo en celebrar; en bebidas, tenían el aguardiente de caña, la chicha y la zambumbia. La chicha era agua con azúcar y maíz tostado que la hacía fermentar, la zambumbia se componía con agua y miel de caña a veces se le echaba ají guaguao.

El Dr. Fernando Ortiz en uno de sus magistrales estudios nos dice:

"La Habana durante siglos fué la Sevilla de América, y como ésta pudo merecer el dictado de Babilonia y Finibus Terre de la picardía. La Habana, Capital marina de las Américas y Sevilla que lo fué de los pueblos de Iberia cambiaron año tras año, por tres siglos sus naves, sus gentes, sus riquezas, y sus costumbres y con ellas sus pícaros y sus picardías y todos los placeres de sus almas regocijadas dadas al placer de vivir la belleza terrenal y humana que les cupo en suerte. Cuanto mareante cruzó por los mares colombinos y cuanto maleante fué forzado a galeras hubieron de recalar en esta rada habanera"

"La Habana fué, como lo ha sido siempre todo puerto marítimo, muy frecuentada; famosa por sus diversiones y libertinaje a los que se daban en sus luegas estadias toda la gente marineza y advenediza de las flotas junto con los esclavos bullangueros y las mujeres del rumbo en los bodegones de las "negras mondongueras", en los garitos o tablares puestos por generales y almirantes para la tahurería y en los pasajes aún menos santos que albergaban los bohíos y casas de embarrado, cabe las murallas y fuera de éstas por el manglar, los Sitios y Carraguao".

“En estas holgadísimas estadas habaneras, nos dice el doctor Ortiz, fueron parte principal de los regodeos con las negras y mulatas de rumbo el aguardiente de caña y los envites al naípe, los bailes y canciones de tres

mundos, al son de la música más sensual exitante y libre que las pasiones sin freno lograban arrancar a la entraña humana. Cantos, bailoteos y músicas fueron y vinieron de Andalucía, de América y de Africa, y la Habana fué el centro donde se fundían todas con mayor calor y más polícromas irisaciones”.

José Antonio Saco nos ha dejado también un estudio hecho en el 1832 contra la vagancia y el daño que causaban en las familias y en la juventud las innumerables Casas de Juego (2) que tenía la Habana en donde según las viejas “se les tiraba de continuo de la oreja a Jorge”, aunque suponemos que “Jorge” no era el único. También fué fundada en esta Capital la Institución de San Juan Nepomuceno para recoger las mujeres incorregibles, pero como las corregibles eran muchas continuaron las amigas y antepasadas de aquellas célebres Caridad, Rosa la China, Mercé, María de la O, y hasta María Belén, maestras de la danza criolla, “que bailaban tanto con el corazón como con los pies” continuaron con su alma tropical tejiendo una parte de la fama de esta Habana hoy cosmopolita y opulenta que a ratos se acuerda con sonrisa picaresca de su rumbero pasado.

Y éstos son algunos rasgos o detalles tomados al vuelo que en unos minutos pudimos componer como una orla que destacara el momento histórico de esa estampa habanera de la Plaza de Armas, ese grabado de Mialhe de 1835 que por un acierto feliz en su primer centenario la otra Habana la ha hecho resucitar.

J. M. Bens ARRARTE.

(2) Parece que lamentablemente se ha querido celebrar también el centenario de las “Casas de Juego” con la permisión, etc., etc.

Set 1936



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



La Plaza de Armas antes de realizarse las obras de restauración recientemente inauguradas



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Otro aspecto de la Plaza de Armas después de la restauración devolviéndole su antigua fisonomía.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Vista de la Plaza de Armas tal como ha quedado después de la restauración ejecutada por el **ARQUITECTO EMILIO VASCONCELOS**